



# FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE LA CIUDAD DE HUÉSCAR

---

**XV PREGÓN OFICIAL DE SEMANA SANTA**

**A cargo de la D. Jesús Daniel Laguna Reche**

Sr. Arcipreste.

Sr. Alcalde.

Sr. Presidente de la Fundación Colegio Nuestra Señora del Carmen y Fundación Portillo.

Sr. Presidente de la Federación de Cofradías de Huéscar.

Sres. Presidentes de las cofradías de la Semana Santa de Huéscar.

Y a todos los presentes en esta iglesia parroquial de Santa María la Mayor:

Buenas noches y muchas gracias por su presencia en este acto.

Quiero, en primer lugar, empezar mostrando mi profundo agradecimiento a la Federación de Cofradías de Huéscar y especialmente a la Cofradía de San Juan Evangelista por la confianza que han depositado en mí para la realización de este pregón. El ofrecimiento que para ello me hicieron fue una grata sorpresa, nunca por mí esperada ni imaginada, pero que a la vez suponía un reto, pues nunca me había enfrentado a algo parecido y con tanta significación como es hablar pública y subjetivamente de nuestra Semana Santa, la semana más esperada por muchos de los presentes, entre los que me incluyo. Creo que pregonar una Semana Santa tiene poco de fácil y mucho de disertación personal. Mis humildes palabras no pretenden ser una exaltación cofrade, sino una exposición de las ideas, imágenes y opiniones que me sugieren aquellas cosas que hago, veo y escucho en estos días de expresión pública de la religiosidad popular.

La mayor parte de mis primeros recuerdos de la Semana Santa van unidos a la Cofradía del Cristo de la Expiración, con la que alguna vez me vestí de nazareno, y a la

que pertenezco no sólo por ser miembro de su banda de cornetas, sino también por tradición familiar, pues hermano del Cristo fue mi abuelo Floro y hermanos del Cristo son mi padre y mi tío desde 1974. La tradición continúa con mi sobrina Celia, que sin haber cumplido un año ya ha entrado en la Hermandad. También recuerdo las varias veces que estuve con mi padre debajo de los pasos colocando baterías para iluminar las imágenes. Aunque el recuerdo más entrañable que tengo es el de la realización en el patio de mi casa entre unos cuantos amigos de un paso de misterio para costaleros. Medía un metro de ancho y metro y medio de largo, y constituyó una gran novedad en la Semana Cultural del Instituto “La Sagra” del año 1996. El paso no se conserva, pero sí el Cristo que utilizamos, que había sido bendecido por el recordado don Isidro Martínez Moreno bajo la advocación de *Cristo del Amor*.

Mi visión de la Semana Santa es bastante particular, aunque compartida con las muchas personas que, al igual que yo, han pasado buen número de años desfilando detrás de los pasos con un instrumento musical entre sus manos. De ellos hay aquí algunas personas, y saben tan bien como yo a qué visión me refiero. De esa actividad musical, que todavía intento mantener a pesar de vivir en Madrid, es de donde nacen mi experiencia personal y mis sentimientos en relación a estos días tan queridos por todos nosotros. Y esa experiencia va ya por haber vivido dos Semanas Santas con un bombo y otras once, doce con la que nos viene de camino, con un tambor. Queda lejos la tarde del 6 de febrero de 1996, cuando a eso de las seis o seis y media tuve mi primer ensayo con la Banda del Cristo, que estaba preparando la que sería mi primera actuación con la misma: el concierto en la iglesia de Santiago el 23 de marzo, domingo anterior al de Ramos. Todavía recuerdo las marchas que interpretamos aquella tarde: *Cristo del Amor*, *Réquiem*, *La Expiración* y *Sagradas Vestiduras*, a la que habían quitado el fragmento en piano anterior al solo de corneta porque era muy difícil llegar a la nota. ¡Qué tiempos aquellos!

No puedo dejar de recordar los buenos ratos que en todos estos años y gracias a la música procesional he disfrutado junto a tantos amigos que, como yo, sienten el orgullo de haber pasado de montar una marcha con métodos tan artesanales como

pegar la oreja a un altavoz a pasear el nombre de Huéscar dentro y fuera de Andalucía y hasta por los pasillos de un estudio de grabación. Es una pasión musical que, como otras muchas, requiere de un notable sacrificio personal y mucha dedicación, no siempre debidamente valorada, como saben muy bien algunos de los aquí presentes. Las dificultades del cambio generacional son grandes, pero el trabajo altruista de sus componentes permite que la Banda a la que tantas satisfacciones debo siga mirando al futuro, trabajando, y cumpliendo con su Hermandad, que es lo que importa. Lo demás forma ya parte del recuerdo.

La Semana Santa es la más importante para los cristianos de cuantas tiene el año, una época en la que la fe se une a la religiosidad popular, fenómeno de difícil definición e impregnado de connotaciones no siempre positivas, para cumplir con una tradición que es en toda España varias veces centenaria: la conmemoración de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Una serie de celebraciones religiosas dentro y fuera de los templos que en un pueblo de hondas raíces cristianas no puede dejar indiferente a nadie. Es, más allá de los sentimientos religiosos de cada uno, una herencia de nuestros antepasados, que cada año nos disponemos a celebrar con la misma alegría, dedicación e ilusión que ellos. Cada año, cada vez que las puertas de las iglesias y ermitas se abren para sacar a la calle nuestros pasos, estamos cumpliendo el mandato de los oscenses de tiempos pasados, mandato presente en nuestras mentes y escrito en documentos que yo mismo he tenido en mis manos, y que no es otro que el de mantener las celebraciones del Misterio Pascual y legarlas a las generaciones que nos han de suceder. La reconstrucción de nuestra Semana Santa y la afortunada recuperación de buena parte de nuestros edificios religiosos durante los durísimos años de posguerra fue una clara muestra de que la fe y el sentimiento de un pueblo hacia las imágenes religiosas de honda raigambre no decaen con facilidad; el peso de la tradición es mucho y la Semana Santa es un fenómeno muy arraigado en nuestra cultura y en las vidas de muchos de los que aquí nos encontramos. Por eso siempre hay personas dispuestas a hacer un esfuerzo, quitándole tiempo a la familia y a otras dedicaciones, para preparar los cultos religiosos y los desfiles, ya que, como todos sabemos, todo eso lleva su tiempo y no es cuestión de cuatro días. La preparación de

los pasos y la organización de las estaciones de penitencia conllevan un largo y a veces solitario trabajo de limpieza, montaje, decoración, llamadas de teléfono, etc., que sólo encuentra recompensa cuando llegado el día grande la *Marcha Granadera* y la *Marcha Real* anuncian el comienzo de las estaciones de penitencia. Son esos unos días en los que para muchos de nosotros la celebración de la fiesta relega a un segundo plano parte de los pensamientos y las actividades que nos mantienen ocupados el resto del año; es un paréntesis parcial en nuestras vidas, un tiempo breve pero intenso de emociones y sentimientos propicio más que en cualquier época del año para reflexionar sobre nuestras preocupaciones, nuestros deseos, nuestros errores, el rumbo de nuestras vidas, y sobre el valor que la fe tiene en cada uno de nosotros. Siempre hay quien ve las celebraciones de esta semana de pasión como un mero trámite dentro del calendario festivo de cada año, sobre todo entre los más jóvenes, ahogados desde hace algunos años en un mar de ignorancia y vulgaridad extremadamente preocupante, y entre quienes han caído en el error de confundir laicismo con oposición a la celebración de los públicos cultos católicos tradicionales, ignorando de dónde venimos. Sin embargo, quiero pensar que la mayoría de quienes participamos en la celebración de la Semana Santa, ya sea desde dentro o desde fuera, no vemos en los actos litúrgicos y culturales o en los desfiles procesionales sólo meras expresiones de nuestra idiosincrasia cultural, que lo son, sino también actos de reverencia y respeto hacia Cristo, con motivo de su entrega a la cruz para redimir al Hombre. Y es también este recuerdo de la pasión, muerte y resurrección de Jesús una reafirmación de la devoción y el sentimiento del pueblo de Huéscar hacia unas imágenes de Nuestro Señor y de María, su madre, que cuentan con una larga tradición que se cuenta ya por siglos y que conocemos por viejos papeles que el azar y la fortuna han conservado hasta nuestros días; una tradición que Huéscar no quiere ni puede tolerar dejar desfallecer, como reafirmación consciente de nuestro respeto y nuestra reverencia hacia Aquél que es principio y final de todas las cosas, y como manifestación de nuestro deseo de conservar y engrandecer nuestra cultura, y legarla a los más pequeños, que son los cofrades del futuro.

Sin duda que nuestra Semana Santa goza de buena salud, pero no se debe descuidar la importancia de mantener sus peculiaridades. Se trata de mejorar sin perder la esencia. Hemos de recordar que Huéscar, por su situación geográfica y por su historia, siempre estuvo más vinculada a la Meseta y al Levante que a la baja Andalucía, y por eso aún conserva elementos culturales más castellanos que andaluces, como el trazado de sus calles, las fachadas de sus casas, el acento, etc. La sencillez y la austeridad no están en modo alguno reñidas con la belleza y la dignidad.

En la Semana Santa hacemos memoria del Misterio Pascual del Señor que se celebra sacramentalmente en el templo, se vive en el corazón y se manifiesta en la calle.

Las salidas procesionales y estaciones de penitencia que nacen de la liturgia y a ella deben conducir pueden llegar a ser, si se hacen con devoción y dignidad cristiana, valiosas catequesis plásticas en sus recorridos por las calles. Son una predicación del Misterio Pascual, esto es, de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Se puede afirmar que son fe que se hace cultura, expresión estética de un corazón creyente, fe que se hace sentimiento, sentimiento que lleva a la fe.

En las procesiones se contemplan las imágenes evangélicas hechas carne de madera viviente por los imagineros, y hacen vivir el Evangelio a aquellos que las contemplan con verdadero espíritu de fe.

Hablar de todas y cada una de las imágenes que desfilan ante nosotros en los días de la Semana Santa sería demasiado largo, de modo que, con vuestro permiso, me voy a referir brevemente a aquellas que considero principales por historia y por devoción.

Antes del inicio oficial de la Semana Santa, como ocurre en otros muchos lugares de España, Huéscar comienza sus desfiles procesionales recordando, a modo de adelanto de un final conocido por todos, el dolor que sufrió María en el trance inevitable y profetizado de la pasión de Cristo, su hijo, antes de la alegría de la resurrección. En la noche del Viernes llamado *de Dolores*, el pueblo de Huéscar acompaña respetuosa y silenciosamente a la anónima imagen de la Virgen de igual nombre. Algunas estrofas del poeta Gerardo Diego nos sirven para describir los pensamientos que puede inspirar la contemplación de esta escena:

*Dame tu mano, María,  
la de las tocas moradas.  
Clávame tus siete espadas  
en esta carne baldía.  
Quiero ir contigo en la impía  
tarde negra y amarilla.  
Aquí en mi torpe mejilla  
quiero ver si se retrata  
esa lividez de plata,  
esa lágrima que brilla.  
Déjame que te restañe  
ese llanto cristalino,  
y a la vera del camino  
permite que te acompañe.  
Deja que en lágrimas bañe  
la orla negra de tu manto  
a los pies del árbol santo  
donde tu fruto se mustia.  
Capitana de la angustia:  
no quiero que sufras tanto.  
  
A ti, doncella graciosa,  
hoy maestra de dolores,  
playa de los pecadores,*

*nido en que el alma reposa.*

*A ti, ofrezco, pulcra rosa,*

*las jornadas de esta vía.*

*A ti, Madre, a quien quería*

*cumplir mi humilde promesa.*

*A ti, celestial princesa,*

*Virgen sagrada María.*

El Domingo de Ramos abre en el calendario oficial la Semana de Pasión, conmemorando la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, montado en un pollino y aclamado como hijo de Dios por la multitud que había salido al camino a recibirlo con palmas y ramas de olivo en las manos, diciendo: "Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas". En Huéscar esta conmemoración es un tanto peculiar, ante la ausencia de una imagen, siquiera alguien caracterizado, que represente a Jesús de Nazaret montado en la borriquilla. Si bien lo que importa es el sentido religioso del acto más que el modo en que se represente, no estaría mal que Huéscar pudiese disponer de esta imagen, para dar un poco más de expresividad a este día tan cargado de simbolismo para los cristianos.

Significativo es, a mi modo de ver, el hecho de iniciar este brevísimo y sencillo desfile en la iglesia del convento de las Madres Dominicas, como signo de respeto hacia una institución que anda rozando los cuatrocientos años de existencia. Nada menos que cuatro siglos de fiel servicio a Cristo. Es todo un bastión de la más sincera y firme fe en Dios, lejos de riquezas y excesos.

El Martes Santo nos lleva a la ermita extramuros del Santo Ángel de la Guarda, edificio del siglo XVI que por un día sale del olvido en que vive sumido todo el año. El desfile de este día, de inadecuada posición en el calendario de la Semana de Pasión, es el más sencillo de cuantos se realizan en Huéscar, pero posee una gran carga de solemnidad y reverencia que se palpa en el ambiente. Es una tradición reciente, con apenas medio siglo de existencia, pero que parece al contemplarla una imagen de la



vieja Castilla barroca y mística, pues la sencillez y la ausencia de elementos ornamentales con que se celebra el Vía Crucis del Martes Santo oscense tienen mucho más de castellano del Norte que de castellano andaluz, y guardan un parecido bastante notable con la manera con que se realizan otros Vía Crucis en Zamora, Valladolid o Ávila, por poner algunos ejemplos. La estación de penitencia del Santísimo Cristo del Perdón y María Santísima del Mayor Dolor es una estampa de expresión individual, anónima, humilde y silenciosa de fe y de reconocimiento del pecado, de arrepentimiento y humillación ante Dios. Sentimientos que nuestro universal y genial poeta Lope de Vega plasmó magistralmente con versos:

*¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,  
y cuántas con vergüenza he respondido,  
desnudo como Adán, aunque vestido  
de las hojas del árbol del pecado!  
Seguí mil veces vuestro pie sagrado,  
fácil de asir, en una cruz asido,  
y atrás volví otras tantas, atrevido,  
al mismo precio en que me habéis comprado.  
Besos de paz os di para ofenderos,  
pero si, fugitivos de su dueño,  
hierran cuando los hallan los esclavos,  
hoy que vuelvo con lágrimas a veros,  
clavadme vos a vos en vuestro leño,  
y tendreisme seguro con tres clavos.*

Llegado el Jueves Santo, toca ahora representar los momentos en que Jesús, consciente de que ha de cumplirse lo dicho en las Escrituras, ha de entregar su vida

para la redención del género humano. Orando en el Huerto de Getsemaní, sabedor de que ha de ser abandonado y traicionado por treinta monedas de plata, espera la llegada de la guardia que le ha de llevar ante Anás, Caifás y Pilato, como nos narra el mismo evangelista Juan, que fue testigo de los hechos: “Da testimonio de ello alguien que lo vio, y su testimonio es verdadero, pues él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis” (Jn, 19, 35). Así lo relata el poeta Gerardo Diego:

*Ya entraron al huerto donde  
las aceitunas se estrujan,  
Getsemaní de los óleos,  
hoy almazara de angustias.*

*Ya Pedro, Juan y Santiago  
bajo un olivo se agrupan,  
como un día en el Tabor,  
aunque hoy sin lumbre sus túnicas.*

*Se oye el rumor a lo lejos  
de cortejos y cohortes.  
Y el sueño pesa en los párpados  
de los tres fieles mejores.*

*Jesús, solo, abandonado,  
huérfano, pavesa, Hombre,  
macera su corazón  
en hiel de olvido y traiciones.*

*«Padre, apártame este cáliz.»  
Sólo el silencio le oye.  
La misma naturaleza  
que le ve, no le conoce.*

*«Hágase tu voluntad.»  
Y, aunque lleno hasta los bordes,  
un corazón bebe y bebe  
sin que nadie le conforte.*

*Los discípulos despiertan.*

*Huye, ciega, la lechuza.*

*Y Jesús, lívido y manso,*

*se ofrece al beso de Judas.*

El Viernes Santo es el día en que el pueblo de Huéscar expresa su fervor y sus sentimientos hacia las imágenes con mayor devoción y tradición de nuestra Semana Santa.

Las hermandades de la Soledad, San Juan y el Santo Cristo, encargadas antiguamente de organizar los desfiles de la oración en el huerto y Jesús atado a la columna, también se encargaban de la procesión del Viernes Santo por la mañana, llamada “del Silencio” o “de los Nazarenos”. Los hermanos, distribuidos en cuadrillas de luces y cruces, acompañaban, entre otras, a las imágenes de San Juan, Nuestra Señora de la Soledad, Jesús con la cruz a cuestas y el Cristo de la Caña.

Nuestro Padre Jesús Nazareno, que antiguamente era venerado en la ermita de la Soledad, deja por unas horas la iglesia de Santiago para hacer por nuestras calles el recorrido que hace 1977 años le llevó, cumpliendo el destino que le había sido impuesto por el Padre, hasta el lugar llamado Gólgota, donde entregaría el espíritu. Pero esta vez lo hace sobre los hombros de una fiel cuadrilla de costaleros que año tras año, como el resto de cuadrillas de nuestra Semana Santa, acude puntual para repartirse las trabajaderas, alegre y deseada penitencia que es un acto de agradecimiento a Dios Padre, al que fray Miguel de Guevara puso letra en el Barroco:

*Poner al Hijo en cruz, abierto el seno,*

*sacrificado porque yo no muera,*

*prueba es, mi Dios, de amor muy verdadera,*

*mostraros para mí de amor tan lleno.*

*Que, a ser yo Dios y vos hombre terreno,  
os diera el ser de Dios que yo tuviera  
y en el que tengo de hombre me pusiera  
a trueque de gozar de un Dios tan bueno.*

*Y aún no era vuestro amor recompensado,  
pues a mí en excelencia me habéis hecho  
Dios, y a Dios al ser de hombre habéis bajado.*

*Deudor quedaré siempre por derecho  
de la deuda que en cruz por mí ha pagado  
el Hijo por dejaros satisfecho.*

La Cofradía de San Juan Evangelista, fundada en el año 1619, tenía su casa, como es bien sabido, en la hoy tristemente ruinosa ermita de las Eras, y a dicha Cofradía debemos la afortunada y acertada recuperación para el pueblo de una sencilla y pequeña capilla levantada en época de Carlos III para rendir culto a Nuestra Señora de la Aurora. Un edificio que después de permanecer décadas inutilizado se ha convertido en un lugar de referencia en nuestra Semana Santa. Allí empieza y acaba la estación de penitencia que recuerda cómo el discípulo Juan, el santo evangelista, acompaña a Jesús en su duro camino hacia el Calvario, y permanece ante su cuerpo clavado en la cruz junto a la Virgen María en su advocación de la Aurora, que vuelve a venerarse en Huéscar después de tanto tiempo. El poeta logroñés del XVII Francisco López de Zárate alabó con estos versos la figura de San Juan Evangelista:

*Águila de tanto vuelo  
que a lo más supremo subes  
pues penetrando las nubes  
te sirve de nido el cielo.  
Tú, que en el seno divino  
llegas a las esperanzas  
y tanto al sol te abalanzas  
que es uno y le miras trino,*

*si del globo cristalino  
en llovenos favores te desvelas,  
muéstranos cómo duermes, cómo velas  
pagado de tus mismas alabanzas  
pues velando y durmiendo a Dios alcanzas.*

*Por lo que del cielo sabe  
tu sueño, Juan, y tu pluma,  
pues no hay luz que no resuma,  
te llaman y adoran ave.  
Ave pura a imitación  
te diremos de María,  
a ella como a luz del día,  
a ti por tu elevación  
respondiendo a la razón  
todas las lenguas alaben a Juan,  
que las perfecciones en su nombre están  
pues por gracia y virtudes todo en ti cabe,  
sustituto del Verbo, mil veces Ave.*

Jesús ha muerto en la cruz. La tristeza invade el alma de sus discípulos y seguidores, y su efigie rígida e imponente produce un profundo respeto y genera miradas largas, casi inmóviles, y calladas, y pensamientos que sólo cada uno conoce, entre quienes cada año vamos a la iglesia de Santiago para verlo recibir del pueblo el voto de fe que cada año desde hace 221 le tributa, y para caminar junto a Él durante la estación de penitencia, observándolo con devoción unos, rezándole otros, viéndolo simplemente pasar los menos apegados al mundo de las procesiones. El Cristo de la Expiración, por ser titular de mi Cofradía, es una imagen para mí de especial significación, la que más miradas me arranca y la que más cosas me sugiere.

Un conocido soneto del Siglo de Oro español, atribuido al ya mencionado fray Miguel de Guevara, que en otros tiempos los escolares aprendían a manera de oración, bien podría servirnos para expresar el pensamiento que a muchas personas produce ver la imagen tan realista de Jesús muerto en la cruz por nosotros:

*No me mueve, mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido,  
muéveme ver tu cuerpo tan herido,  
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,  
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,  
pues aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera.*

María Santísima, en su advocación de la Soledad, también recibe en su templo, aquél al que da nombre, antigua ermita de San Sebastián, amplísima muestra de profunda fe y devoción por parte de innumerables oscenses, portadores la mayoría de un sentimiento que forma parte del acervo cultural familiar desde tiempo a veces inmemorial, pero en todo caso muy arraigado. Su cara, logrado conjunto de belleza juvenil y expresión del dolor que sólo una madre puede sentir tras la muerte de un hijo, es también punto fijo de atención para quienes en cualquier parte de su itinerario acuden a rendirle fervoroso tributo. También su gesto de lamento y llanto mueve al cofrade y al devoto a dedicarle algunos pensamientos, que en forma de poesía expresó nuestro paisano y amigo Gonzalo Pulido, que tanta creación literaria ha dedicado a las tradiciones oscenses:

*En tu regazo de madre  
vengo a dejar mi plegaria,  
que es una flor pasionaria  
deshojada ante la cruz.  
Te rezo por el que llora,  
por el que sufre tristeza,  
te rezo por quien no reza,  
por quien no busca tu luz.*

*Te rezo por los hermanos  
que ya cumplieron su anhelo  
y están contigo en el cielo  
junto al trono del Señor.  
Por ellos y por nosotros  
es mi oración costalera  
una plegaria sincera  
y una súplica de amor.*

*Ampara a nuestra hermandad;  
protégela, Madre mía,  
porque sólo en ti confía  
y en ti busca protección.*

*Haz, Madre, que en nuestras almas  
siempre esté tu nombre escrito,  
como un recuerdo bendito*

*que enamora el corazón.*

José de Arimatea, el discípulo secreto de Jesús, obtiene de Pilato permiso para bajar su cuerpo muerto de la cruz y llevárselo. Con ayuda de Nicodemo, deposita el cuerpo, perfumado y protegido con una sábana, en una sepultura que aún se encuentra vacía. Huéscar revive ese pasaje de la Sagrada Escritura desde el año 1659. El pausado cortejo con que la Hermandad del Santo Sepulcro transporta, envuelto en notas fúnebres, el cuerpo inerte de Jesús es otra de las más bellas estampas de cuantas nos ofrecen nuestras estaciones de penitencia. El pueblo pecador, que tantas veces cierra la puerta a Cristo, ha sido por Él redimido de sus errores, y exclama, nuevamente en palabras de Lope de Vega:

*¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?*

*¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,*

*que a mi puerta cubierto de rocío*

*pasas las noches del invierno a oscuras?*

*¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras*

*pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,*

*si de mi gratitud el hielo frío*

*secó las llagas de tus plantas puras!*

*¡Cuántas veces el ángel me decía:*

*“Alma, asómate agora a la ventana;*

*verás con cuánto amor llamar porfía”!*

*Y ¡cuántas, hermosura soberana,*

*“mañana le abriremos”, respondía,*

*para lo mismo responder mañana!*



Domingo de Resurrección. El último pero el más importante de los días de la Semana de Pasión, sin en cual no tiene sentido ninguno de los anteriores. Jesús, que el Viernes Santo ha terminado su suplicio en la cruz, abandona ahora triunfante su sepulcro para ir a la búsqueda de Dios Padre, y da aviso a María Magdalena para que haga saber a sus entristecidos discípulos la nueva de su venida. La Hermandad del Santísimo Sacramento, fundada en 1544, festeja la alegría del triunfo de Cristo con una representación del misterio de la resurrección de extraordinario valor: la custodia de plata del giennense Francisco Muñiz, de mediados del siglo XVI. Una obra de arte que cada año sale a las calles de Huéscar para proclamar a los cuatro vientos, con el brillo del metal y el sonido de sus diminutas campanillas, que Cristo ha vencido a la muerte y al mal, que ha resucitado. Cristo vencedor pasa ante nosotros extendiendo un halo de solemnidad y un mensaje escrito en plata y oro de alegría, de esperanza, de paz, de hermandad, de amistad, de fe.

Así lo expresó el ya dos veces mencionado poeta Gerardo Diego:

*Veo y no veo, palpo y nada palpo,  
escucho sordo y flor de ausencia aspiro.  
No hay más que una verdad: Tú, Rey de Reyes.  
Tú, Sacramento, Corpus Christi, Cristo.  
  
Ya me tienes vaciado,  
vacante de fruto y flor,  
desposeído de todo,  
todo para Ti, Señor.*

Aunque queda fuera ya de la Semana Santa, no puedo terminar mis palabras sin dedicar algunas de ellas al Lunes de Pascua. Si grande es la alegría que al cristiano causa la resurrección de Jesús, no es menor el contento con que Huéscar recibe a sus Santas Patronas. Ellas, que no rehuyeron el sufrimiento del martirio y dieron la vida por su fe, deben ser para nosotros un ejemplo de fortaleza en nuestras convicciones cristianas. Venerarlas a Ellas es venerar al Padre; dedicar una oración a Ellas es rezar al mismo Dios, quien las puso aquí por sus intercesoras, como las había puesto siglos

atrás en la Navarra natal de los primeros repobladores de Huéscar. Pedir a Santa Alodía y Santa Nunilón es pedir a Cristo; peregrinar a su ermita es ir a la casa del Señor, y cada uno de los gestos de fe que hacemos a nuestras Patronas es una reverencia a nuestro Dios, el de todos y cada uno de los aquí presentes: el que fue aclamado en Jerusalén; el que fue prendido en el huerto de Getsemaní; el que cargó con su cruz y entregó su espíritu clavado en ella, y el que movió la piedra del sepulcro para extender su mensaje de paz y salvación por todo el orbe.

Dentro de pocos días, nuestro pueblo revivirá en los templos y en las calles los diferentes momentos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, renovando su fe en Él y su voluntad de seguir rindiendo culto a unas sagradas imágenes que por historia y por antiquísima devoción forman desde tiempo inmemorial parte inseparable de Huéscar y de su gente, de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro.

Muchas gracias.